

force un passage parmi la foule. Et la voici, misérable guenille transfigurés en séraphin de chansons, et qui semble avoir tout oublié. Elle nous dit qu'elle chante la véritable saeta d'autrefois; que ce qu'on entende aujourd'hui c'est une blague, "zon zátira, zeño (des satires, monsieur) —ainsi s'exprime-t-elle en son pittoresque langage—; qu'il n'y a qu'elle, à Séville, pour savoir ce qu'il faut dire au Christ et a la Vierge; et que, quand elle voit venir le Cachorro dans les processions, alors elle tombe à genoux malgré elle, et qu'il se met à sortir d'elle des saetas, sans qu'elle sache ce qu'elle fait, parce qu'elle oublié tout alors: choses et gens".

Ces trois plaquettes si riches de lyrisme et d'intérêt humain, ce courrier littéraire si bien tenu à jour, ce discours sur Virgile, tels sont les témoignages de l'activité d'Alfonso Reyes pour cette seule année 1931. L'auteur de *Anáhuac* et du *Plan Oblicue* peut être satisfait. Pour nous, qui l'admirons et qui l'aimons, il est une preuve, précieuse, d'une vérité que nous avons toujours crue: c'est que, seuls, les nonchalants savent travailler, quand ils le veulent, je veux dire quand l'esprit les pousse.

Francis de MIOMANDRE.

L'Esprit Français, París,

noviembre de 1931.

EL CORREO LITERARIO DE ALFONSO REYES

Ni los quehaceres diplomáticos, que lo llevaron de Madrid a París, de París a Buenos Aires, de Buenos Aires a Ríojaneiro; ni el tiempo, ni la distancia, interrumpen la comunicación de Alfonso Reyes con sus amigos, con sus lectores. El embajador de Méjico en el Brasil, que dejó a su paso por España tan íntimos lazos de afecto, hace llegar a los suyos, y él sabe bien quiénes son, aunque acaso no mida en toda su intensidad hasta qué punto lo recuerdan y esperan. El español no es dado a escribir. Cuando tiene que escribir, por oficio, lo que da al público, otro tanto resta a la comunicación amistosa privada. El epistolario español es harto pobre en comparación con el de casi todos los países literarios. Por eso las cartas que lo forman, a poco valor que tengan, suben de estimación, porque la escasez hace en ellas de mérito.

Alfonso Reyes ha querido, de un solo trazo, comunicarse con todos los que lo escuchan, y ha inventado una "correspondencia literaria" con fecha por ahora en Ríojaneiro, pero con un título que encabeza cada número con el nombre de su ciudad natal: *Monterrey*.

¿Temas de *Monterrey*? Todos los que caben en una revista literaria tan unipersonal como puede serlo la de un hombre solicitado por curiosidades infinitas en esa materia. Asuntos de Méjico: Ruiz de Alarcón, sor Juana, Gorostiza, Nervo, el romántico Aurelio Luis Gallardo; y no sólo estos temas en grande, sino la más breve, la más leve alusión en el libro leído, en el periódico hojeado, tocante a Nueva España. Luego, las figuras a que Reyes rinde culto: Góngora en primer término. Sección fija de estos números, publicados sin sujeción a períodos inflexibles, es un *Boletín Gongorino*; Proust tiene su parte, y no le falta su rincón a Valéry, de cuyo *Cementerio marino* se hace un análisis, so pretexto de las versiones españolas, más cercano y agudo de lo que dejaría suponer el pretexto.

Algunos colaboradores han respondido al llamamiento de Reyes: así, Pedro Henríquez Ureña, con sus notas acerca de teatro mejicano; el brasileño Ronald de Carvalho, algunos poetas. La sección bibliográfica, de mero acuse de recibo, se eleva a un interés documental muy selecto. Y en todas esas notas siempre queda un lugar para España. Alfonso Reyes podría hacer suyos los versos de José Martí, sin localizarlos en Aragón:

Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar: todo Aragón . . .

Ni siquiera Madrid, con ser mucho lo que Alfonso Reyes ha vivido entre nosotros y tanto lo que aprisionó en sus *Cartones*, podría acaparar su sentimiento exclusivo. Toda España, recorrida de punta a punta con entendimiento de amor, despierta en él un eco de resonancias innumerables.

Es publicación periódica, pero que le sirve de complemento: folletos, pequeños libros en espera del ocio bien ganado que le permita terminar una de sus obras mayores, aún en cantera (1).

España aparece también por todos lados en estas obras menores. El *Discurso por Virgilio* es un análisis del fondo de latinidad que perdura en Méjico. "No sólo nosotros recibimos la sustancia latina a través de España", manifiesta. En ese americanismo, que ha dado tema a muchas contribuciones al *correo literario*, halla la huella virgiliana; es decir, la de una cultura europea, tan fundamental como la de los puros orígenes autóctonos.

Virgilio, explicado, traducido repetidamente, reflejado en la *Rusticatio mexicana* del guatemalteco Landívar, lleva a Reyes, que

(1) *Monterrey*; correo literario de Alfonso Reyes. Ríojaneiro. Seis números: de junio 1930 a octubre 1931. *El testimonio de Juan Peña*. Ríojaneiro, 1930 (con dibujos de Rodríguez Lozano). *La saeta*. Ríojaneiro, 1931 (con dibujos de Moreno Villa). *Discurso por Virgilio*. Méjico, 1931. 5 *casi sonetos*. París. Ediciones de Poesía, 1931.

ha escrito su discurso para conmemorar el segundo milenario del poeta latino, celebrado especialmente con impulso que partió de las altas esferas oficiales, a sentir algunas de sus inquietudes patrióticas. En los reposados párrafos de la disertación, el tema actual se enlaza con el motivo antiguo en un acorde sereno, propio de un humanista.

Humanista se muestra Alfonso Reyes en esa elegancia erudita, plena a la vez de sentido vital, que recorre cada número de su *Monterrey* y se ordena en las páginas de los otros escritos suyos, que vienen ahora casi juntos, en ediciones primorosas, tiradas en corto número de ejemplares.

Dos de esos escritos están fechados en España. *Semana Santa de 1922*, reza el pie de *La saeta*, en que vemos al narrador perseguir por las calles sevillanas, moradas de noche y pálidas de amanecer, la vibración genuina del cante popular, buscar en compañía de Falla la sólida traza antigua, libre de los barroquismos flamencos. Barroquismos que, por otra parte, Reyes no rechazaría, fiel a su culto por Góngora.

Así, cuando su espíritu busca las cadencias del verso, algo de la música gongorina pasa a estos *casi sonetos* —en que la rima perfecta se ve sustituida las más de las veces por la asonancia—, recogiendo la vibración propia, como la sonata clásica se vivifica y personaliza por la pulsación del intérprete.

¡Oh consumida, oh lenta paz que suma
luz en racimos, aura azul de sombra!

Si a través de los versos se viera mejor a Góngora que a Reyes, no valdrían la pena. Mas todo Reyes anda en ellos, sutil y sensual, con un guiño del intelecto junto a cada cordial latido. ¡Mala hora para el sentir romántico!

Clásico, recreado en el-ornamento de la idea y de la frase; es decir, barroco. Las cúpulas de las iglesias mejicanas, parientas de las de Sevilla; el espíritu de este poeta, análogo al de los nuestros del XVII; pero con la cadencia especial que denuncia otra "mano de obra". Cuanto más evocador de lo español, más de su tierra.

También *El testimonio de Juan Peña* está fechado en nuestro país: Madrid, 1923. Es un recuerdo de juventud: un relato criollo en que el autor y sus dos compañeros, prole flamante de las aulas de Derecho, van a dirimir un pleito entre campesinos. Juan Peña da su testimonio "con una agilidad de danzante, como si representara de memoria un papel . . . Se arrodilló ante nosotros, se puso a llorar, a besuquearnos las manos, a contarnos mil abusos e infamias del mal hombre que había en el pueblo y a pedirnos protección a los blancos, como si fuéramos los verdaderos hijos del Sol". Farsa tal vez; pero farsa que no podía extrañar a los ciudadanos, poco seguros de su reciente título, y se grabó profundamente en la memoria para renacer al cabo de los años con todo pormenor.

Este episodio hace ver un arte de narrador refinadísimo, no comparable al de *La saeta*, que es, más que narración, poema en prosa. Poema, discurso, narración: la prosa de Reyes adopta todos los matices, tiene todos los compases. Así la vemos lucir con el tono más solemne como jugar en la nota rápida, en el breve apunte que clava un dato como el alfiler del entomólogo un curioso insectillo.

Enrique DIEZ-CANEDO.

El Sol, Madrid,

20 de diciembre de 1931.

UNA GENEROSA LECCIÓN DE ALFONSO REYES

"Es propio de las ideas fecundas crecer solas, ir más allá de la intención del que las concibe, y alcanzar a veces desarrollos inesperados". Con estas palabras Alfonso Reyes comienza su *Discurso por Virgilio*; y llevado de su impulso traza uno de los cuadros más penetrantes, más generosos, que se han hecho en favor de nuestra posible cultura criolla —tan mexicana y tan latina—. A su vez los conceptos de Reyes, sugieren nuevo discurso —notas al margen del suyo— que quiere recoger la simiente esparcida con su mano. Es lamentable que tal *Discurso* no haya provocado todavía el comentario docto y entusiasta que merece. Parece que ha caído en una tierra de sordos; parece que ha sido pronunciado en la soledad de un desierto. Es un síntoma grave, desconsolador, esta inercia del espíritu mexicano que no sabe responder al llamado altísimo de uno de sus hombres de mejor cultura. Porque el *Discurso por Virgilio* es más que una glosa del Virgilio académico, una interpretación de su sentido humano, es decir, de su capacidad universalista: por eso no se adormece sobre los latines del escritor sino que se despierta sobre el latín del hombre. Así es como ha ido más allá de la frontera del comentario retórico y se ha adentrado en las tierras de la especulación metafísica. Ha escrito de este modo, una de las más puras, de las más nobles páginas que puede ofrecer la nueva literatura mexicana. Nosotros no haremos sino subrayar, con breve comentario, algunas de las ideas fundamentales que contiene y que son, en principio, la clave de nuestra economía intelectual.

"Qué gran tarea para el educador de mañana que, abandonando resueltamente influencias exóticas y que nunca se aclimataron muy bien en México; desoyendo toda esa pedagogía barata que hace cirujanos por correspondencia; salvando todo el caudal de ciencia que la gran reforma de Gabino Barreda trajo para siempre a nuestra cultura, rescate también los olvidados tesoros de una tradición con la que andan perdiendo algunas de las más preciosas

especies del alma mexicana". Esto escribe en el párrafo IV de su *Discurso*; y luego añade: hay que volver a lo propio, a lo castizo; hay que hacer nuestro y derramar a todos ese secreto de *humanidades* que hace tiempo se viene refugiando entre las clases derrotadas de la política.

Todo esto implica ya una lección que lo mismo encuentra aplicación en la vida universitaria, en la vida social, como en las artes de mayor desinterés, como son la poesía y la música. Marca con estas palabras, Alfonso Reyes, una etapa nueva en el desenvolvimiento de nuestra cultura, habituada, —desde las postrimerías del siglo XVIII— al modelo exótico, mas bien francés. Es preciso entender, recordar mejor dicho, que nuestra cultura, por su idiosincracia, por los elementos que concurren en su formación, exige modelos adecuados, capaces de sufrir, una vez transplantados a nuestro suelo, una transformación vital y fecunda. Cuando Reyes relata nuestras ignorancias colectivas, en medicina, en jurisprudencia, en el folklore, no hace sino anotar uno de los más graves errores de nuestra organización culta. Hay que tener memoria para lo nuestro: memoria que no se recree en la contemplación del pasado, sino que, con aliento dinámico, recoja sus frutos y los lance al presente para instruir nuestra aspiración humana y nacional. Lo nacional no está en la pintura de las jícaras; está en la comprensión del espíritu que prestó su savia en las raíces mismas de la planta que las produce. Lo nacional es resultado de la función de simpatía que ejerce el alma en el campo de lo autóctono. Pero no es nacional —aunque parece serlo en ocasiones— aquel melindre fanático que suele tenerse (suele en el sentido purista del vocablo) por todo lo indio. El indio histórico no existe. El indio que vive se incorpora en la nueva sangre criolla que dicta nuestras aspiraciones, nuestros pecados y nuestras virtudes. El indio hermético dentro de sí mismo y en las cuevas de sus montañas no existe para la cultura que nace. El indio que vive alerta constituye una masa párvula que es preciso labrar, salvar de la miseria, cultivar con amor —con el viejo amor del misionero franciscano— e incorporar no a la cultura de

Occidente, sino a la cultura propia, a la nuestra, a esta cultura criolla, —tan americana y tan latina— que ya empieza a tener una validez cósmica.

Por esto Reyes puede anotar— con una valentía que ya la quisieran algunos de nuestros pedagogos, a quienes compete más de cerca el problema—: “No tenemos una representación moral del mundo precortesiano, sino sólo una visión fragmentaria sin más valor que el que inspiran la curiosidad, la arqueología, un pasado absoluto”.

En cuanto a la poesía dice que es necesario llegar a la que “contempla el hombre abstracto, y mucho más que al accidente que vemos, al arquetipo que quisiéramos ser”. Pero esta poesía superior debe reensayar cada vez con más rigor las voces de ese “alimento nutricional, de la etimología” que contiene “las experiencias mentales de toda una civilización”. Con esta doctrina, —cuya fecundidad es difícil de prever en toda su extraordinaria amplitud,— las fórmulas exóticas se descompondrán en nuestro suelo en dos partes, bien definidas, y por lo tanto mejor dispuestas para ser utilizadas con buen éxito. Trazarán dos vías, una técnica y otra humana. La técnica será entonces recibida, no precisamente con recelo, sino con la vigilancia del que tiene ya dentro de sí el caudal de una doctrina que necesita amoldar a su fisonomía las líneas que se le ofrecen. La parte humana encontrará mejor amplitud en su interpretación, porque entonces no crecerá como mera doctrina teórica, sino como experiencia, como elemento vivo capaz de originar en nuestra tierra una renovación de los valores genuinos y de los valores más altos.

Hay que tornar a la interpretación de los dos sectores que a su vez ofrece lo humano: el campo y la ciudad. No hay que dejarse engañar por el espejismo de la técnica urbícola. Ahí está el peligro; ahí está el desvío de la savia propia. En la ciudad se asocian los hombres; en el campo los hombres y las mujeres. De la sociedad de los hombres nace la civilización, la técnica, el valor formal; pero de la sociedad de los hombres y de las mujeres nace la cultura, na-

cen los signos perennes de la raza y de la ideología de los pueblos. Las artes que produce la ciudad se acomodan fácilmente, con lo postizo, con la moda, con lo que viene de fuera, legal o ilegalmente lanzado. Se crea así un arte de limitación ciego a todo crecimiento natural. Ninguna especie de arte así elaborado, tiene fuerza suficiente para transformarse, evolucionar y dar nuevo aspecto a su fama. Todas estas artes son infecundas, son artes castradas. Las otras artes, las que se producen bajo la sombra tutelar del campo —en un sentido superior que no necesito explicar— llevan dentro de sí la huella de la luz de las generaciones vivas; llevan fecundado el huevo de una siempre posible transformación: son artes de hombres. La lección de Alfonso Reyes, dicha en tono menor, a media voz en el *Discurso por Virgilio*, predica un retorno a nuestras verdaderas humanidades —a nuestra tradición— que pueden tener o no, como vía, los *latines* de los enamorados del pasatismo, pero que llevan siempre el perfume y la savia del *latín* con su sistema sanguino de cultura. Hay que creer en el *latín* del hombre pero hay que despreciar los *latines* de los hombres. Sólo así podemos detenernos a “celebrar esta hora, de trabajo y de concordia”.

E. ABREU GÓMEZ.

El Universal Gráfico, México, 1931.

EL TESTIMONIO DE JUAN PEÑA

Par Alfonso Reyes avec trois dessins de
Manuel Rodríguez Lozano

Alfonso Reyes est synonyme, au Mexique, de culture littéraire universelle. Je ne connais de cet auteur, encore jeune quoique déjà ambassadeur, que des proses et des poésies éparses, dans des revues françaises (*La Revue Nouvelle*, *La Revue de l'Amérique Latine*). C'est très peu pour pouvoir juger de son oeuvre. Par contre, je connais son bulletin *Monterrey*, ce journal d'un seul rédacteur —Alfonso Reyes— qu'il envoie, de Rio de Janeiro, à quelques centaines d'amis, en Europe et ailleurs. *Monterrey* est l'instrument idéal d'une activité d'écrivain. Alfonso Reyes y note ses critiques sur maints livres, y échange de la correspondance avec des écrivains, y inscrit les découvertes nouvelles et les mouvements les plus curieux de la culture littéraire contemporaine. C'est un bulletin d'humaniste, de critique, de poète et d'ami. Je signale, dans les trois premiers numéros de *Monterrey* que j'ai reçus, les études sur Gongora, les annotations de *jitanjáforas*, les lettres à Waldo Frank, à Valery Larbaud, à Max Daireaux (à propos de son *Panorama de la Littérature Hispano-Américaine*) et à Jean Cassou. A remarquer aussi un poème de Jaime Torres Bodet.

Les points de vue d'Alfonso Reyes sont de toute importance pour qui veut suivre la culture en Amérique Latine. Il ne croit pas, par exemple, à “L'indien pur”, qu'au Mexique, comme au Pérou, comme au Brésil même et ailleurs, on veut présenter comme le national-type. C'est une illusion, cet indien. La culture en Amérique, en dépit des voix de la terre, des suggestions locales, subit avant tout l'influence européenne. Bref, il n'y a qu'une culture littéraire, et elle est universelle. L'esprit n'est plus cloîtré par des frontières (il ne l'a jamais été complètement). Et les peuples jeunes, bien moins que les autres, ne peuvent prétendre à une originalité

té à outrance dans le domaine des recherches et de créations spirituelles. Quelle langue parlet-il, l'indien pur du Mexique? L'espagnol. Et voilà déjà quelque chose qui le fera devenir moins pur...

Mais, si je profite de l'occasion pour écrire les lignes ci-dessus sur certains aspects de l'activité intellectuelle de cet écrivain, plein d'une curiosité insatiable, je ne dois pas oublier que j'ai commencé cette note pour signaler la parution de *El Testimonio de Juan Peña* (Le témoignage de Juan Peña). Ce n'est qu'un conte, luxueusement imprimé sur papier Manchester, avec trois dessins (*dibujos*: quel joli mot!) de Manuel Rodríguez Lozano, d'une étonnante pureté de lignes, où s'insinue un mysticisme populaire délicieux. (le deuxième dessin, la femme indienne de Mexique, avec son gosse, on dirait une Vierge aztèque avec son Enfant-Jésus).

Ce conte est une reminiscence personnelle. Le jeune étudiant en droit, que ses relations et son prestige ont déjà fait connaître à la capitale est appelé comme avocat, à s'occuper d'une querelle provinciale de voisins terriens: des pauvres gens de la campagne qui sont soi-disant victimes d'un grand propriétaire, le chef du village. Le jeune étudiant ne comprend goutte aux lois. Il lisait Spinoza au lieu de lire ces messieurs les jurisprudents. En tous cas, il se dispose à jouer la comédie et il invite deux amis, à titre de secrétaires, à se rendre avec lui au terrain où les indiens se plaignaient des persécutions du voisin puissant. En y arrivant, c'est un vieux mendiant, Juan Peña, la personne la plus âgée du pays, qui est désignée comme témoin pour dire *la vérité*. Et l'avocat se rend compte que le vieux joue aussi une comédie en faveur des indiens. On ne sait pas, en somme de quel côté était le droit. Pourtant, l'arrivée de l'avocat et de ses deux secrétaires avait provoqué un branle-bas dans le village ils y son fêtés comme les défenseurs du pauvre contre le riche, du malheureux paysan contre l'orgueilleux propriétaire puissant. Celui-ci aperçu de loin, ne daigne pas d'approcher les

défenseurs. Il s'en moque pas mal. Il sait comment se tirer d'affaire, le cas échéant.

Ce n'est presque rien. Un épisode, pas plus. Pourtant, Alfonso Reyes a donné un coup de sonde dans l'âme populaire, cette âme du paysan indien, faite d'humilité et de ruse larmoyante.

—Nos pegan, jefecito! nos roban; nos quieren matar de hambre, jefecito. No tenemos ni donde enterrar a nuestros muertos. (On nous tient, mon petit chef; on nous vole; on veut en finir avec nous, petit chef. Nous n'avons pas même la possibilité d'enterrer nos défunts).

C'était peut-être vrai. C'était à rendre rêveur un vrai avocat, un combatif en quête de lutte. Mais, le paysan pleurniche toujours. On ne sait jamais à quoi s'en tenir. Il vaut mieux retourner à Spinoza et à la poésie.

Dois-je le dire? Cet essai est plein d'intérêt, mais il manque peut-être d'envergure. Je demanderais à Alfonso Reyes de donner un roman là-dessus. Pourquoi ne pas nous en dire davantage? On est en droit d'exiger d'un sujet si bien traité de plus amples développements.

En tous cas, Alfonso Reyes donne l'impression de savoir regarder profondément dans l'âme du peuple. Ici je veux noter une différence entre le tempérament de Reyes et celui de Martín Luis Guzmán. Guzmán regarde son vaste drame *par dehors*: il a fait le tour d'un spectacle politique. Tout est action dans *L'Ombre du Caudillo*, et même tout y est action électorale. A aucun moment Guzmán ne nous montre ce qui pensent de tout cela les masses paysannes et ouvrières, ni les classes aisées, les unes et les autres en marge de la dispute du pouvoir. Il décrit les mouvements de la machinerie, il nous fait voir ce qu'elle broie, cette machinerie, mais il ne donne aucun coup de sonde dans ce qui est vraiment l'âme du pays.